

cuantiosas sumas para llevar á cabo casamientos que no llegaron á efectuarse, y no devolvió dichas sumas ó presentó cuentas que las absorbían.

Después de su muerte, la princesa palatina fue enterrada en Val-de-Grace, al lado de Benita, su hermana. Cuando se desenterraron los muertos, los profanadores insultaron aquellos despojos como se arrojan al viento hojas de rosas secas. Retz dice que la princesa palatina era muy dada al galanteo, y que tenía tanta capacidad como Isabel para dirigir un Estado.

En medio de todas aquellas tribulaciones, no tenía Rancé mas refugio que la paciencia cristiana. Se escribió y aun se predicó contra él; se atacaron su doctrina y su conducta; se procuró hacerle pasar por un hereje ó por un fanático, se publicó que celebraba asambleas contra la religión y contra el Estado. A pique estuvo la Trapa de ser destruida como Port-Royal; Rancé en medio de todas sus aflicciones de espíritu, experimentó dolencias que no le permitían tomar reposo alguno, y se vió maltratado hasta por aquellos mismos á quienes mas bien había hecho. Llegado á aquel colmo de dolor que tanto había deseado para parecerse á Jesucristo, su maestro, proponíale que se curase con el auxilio de los médicos: «Estoy, respondió, en manos de Dios; él es quien da la vida y quien la quita; él sabrá curarme si es su voluntad que viva. Pero ¿para qué ha de curarme? ¿para qué sirvo? ¿Qué hago en este mundo mas que ofender á Dios?» Cuando experimentaba alguna tregua en sus padecimientos y le felicitaban por ello, decía; «¿De qué me felicitais? de que estoy preso, de que, estando á punto de romperse mis ligaduras, me han cargado con nuevas cadenas.»

Rancé quemó una multitud de cartas llenas de testimonios de admiración; otras conservó en cuyo margen estaban escritas de su puño estas tres palabras: *Cartas para conservar*, y que eran cartas infamatorias contra él. ¿Era aquello humildad ó orgullo? El padre de Monty fué á verle, y le obligó á llamar á un médico. «Es preciso exclamar como Job,» decía: «El que ha empezado, acabe de reducirme á polvo.» Conjurábanle que dejase por algún tiempo el aire de su retiro. «He dicho al entrar aquí,» respondía: «*Hæc requies mea.*»

A los que le oponían la poca seguridad de la duración de la Trapa, contestaba: «Durará lo que debe durar. Si en las edades anteriores se hubiera tomado por norma de conducta la consideración de que no hay cosa que no esté sujeta á decadencia, ¿qué sería hoy la heredad de Jesucristo? (1).»

En octubre de 1695, envió Rancé al rey su dimisión, en la que llamaron la atención estas patéticas palabras: «Señor, como me siento impaciente de ejecutar el designio que Dios me inspira hace mucho tiempo de pasar mi vida en un austero retiro y de prepararme á la muerte; como mi salud, que diariamente declina, me pone en la impotencia de consagrar toda la aplicación que debo á la dirección de mis hermanos, y me avisa de que no pueden estar distantes mis últimos momentos, he creído que el primer paso que debía dar era dejar la carga de esta abadía, que debo á vuestra real bondad, enviando á V. M., como lo hago, mi dimisión absoluta é incondicional.»

Recibió Luis XIV esta dimisión de manos del arzobispo de París, y le dijo: «Que vuelva á la Trapa el hermano portador de la carta; que el señor abad examine el caso delante de Dios, y me diga sinceramente lo que mejor le parezca.» El arzobispo escribió á Rancé: «Os felicito con todo mi corazón por todos los empeños que han acompañado á la merced que os ha hecho el rey en esta última ocasión; en

(1) Este párrafo está en la edición francesa casi literalmente repetido en una de las páginas anteriores. ¿Sería por olvido?

ellos he tomado toda la parte imaginable como el mas apasionado y fiel de vuestros servidores.»

Nombró el rey para reemplazar á Rancé al P. Zozimo, prior de la expresada abadía, y amigo de Rancé. Llegado que hubieron las bulas de Roma, el 19 de setiembre del año 1695, el nuevo abad fue instalado el 28 del mismo mes. Débil, y casi incapaz de sostenerse, el antiguo abad se prosternó á los pies del nuevo, y le dijo: «Padre mio, vengo á prometeros la obediencia que os debo como á mi superior, y á suplicaros que me trateis como al último de vuestros religiosos.» El abad Zozimo se hincó de rodillas, y le respondió: «Y yo, padre mio, os renuevo la obediencia que os he consagrado desde mi entrada en esta santa casa.» Magistosa abnegación, que daba proporciones desconocidas á la naturaleza humana.

Aquellos monjes puestos de rodillas el uno delante del otro no eran hombres; eran dos santos pertenecientes á aquellas visiones que se columbran en las profundidades del cielo.

Rancé, reducido á la condición de simple religioso, continuó edificando con sus ejemplos al monasterio que había santificado con sus órdenes. A Rancé abatido, y por consiguiente mas poderoso, continuó Bossuet dirigiéndose para el consuelo espiritual de sus amigos: «Os recomiendo, le escribía, tres de mis principales amigos, y que hace muchos años eran mis mas íntimos, y que Dios me ha quitado en quinientos días por diversos accidentes. El mas sorprendente de estos es el que se ha llevado al abad de Saint-Luc, á quien un caballo tiró al suelo con tal violencia, que murió del golpe una hora después, á la edad de treinta y cuatro años.»

El P. Zozimo desapareció en breve: el rey nombró para sucederle al P. Jacobo de Lacour, después de haber enviado al P. Lachaise á tomar informes cerca de Rancé. Luis XIV descendía á estos pormenores de la sociedad de entonces, como Bonaparte entró en las cosas mas menudas de la sociedad del día; pero la sociedad pasada tenía de grande que se apoyaba en el altar.

El quietismo había nacido en el año 1694, y continuó en su fuerza hasta el 1697. «Este mundo, dice Bossuet, parecia querer engendrar alguna extraña novedad: es preciso amar, decía, este mundo, como si estuviéramos sin redención y sin Cristo.»

..... Fenelon se inclinó al quietismo, renovación de la herejía de los gnósticos. Pronto se abrieron en Issy sobre el quietismo conferencias entre Bossuet y Fenelon, en las que el abad de Rancé fue nombrado juez, pero no acudió á ellas.... En 1697 se publicaron las *Máximas de los Santos*.

Con ocasión de este libro, decía Bossuet: «¿Quién le niega (á Fenelon) el talento? Lo tiene hasta tal punto que espanta.» *Las Máximas de los Santos* fueron condenadas en Roma; y Fenelon con mas habilidad que humildad, negó en el púlpito que la obra fuese suya. Leibnitz, hablando del libro del obispo de Cambrai (Fenelon), atribuye al abad de la Trapa una carta muy razonada, en la que atacaba á los falsos místicos. «Esos hombres se imaginan, decía Leibnitz, que una vez unidos á Dios por un acto de fe pura y de puro amor, esa union persevera mientras tanto que no se revoca formalmente.» He notado en las cartas de Rancé, escritas al presbítero Nicaise, con ocasión de aquellos últimos debates religiosos, este hermoso rasgo acerca de Cromwell: «Vemos á un hombre vivo representar el personaje de la muerte, y con una hoz invisible derribar un trono.»

El quietismo hizo mas estragos en Italia que en Francia. Decíase que solo Rancé podía responder al libro de las *Máximas de los Santos*; sobre ello escribió el abad de la Trapa á Bossuet, que divulgó su carta para apoyarse en una autoridad tan grande: «Me ha caído en las manos, escribía á Rancé en 1697, el

libro del obispo de Cambrai, y apenas he podido creer que un hombre como él fuese capaz de dejarse llevar de ideas tan contrarias á lo que nos enseña el Evangelio.» «Nada hay, escribía al mismo tiempo al presbítero Nicaise, que me cause mas horror que las extravagancias y los dogmas impíos que se atribuye á los quietistas. Dios quiera que se atajen sus progresos, y que no pase mas adelante el daño que han empezado á hacer en los sitios donde se han introducido.»

El 3 de octubre de 1688, decía Rancé: «¿Nunca se cansaran los hombres de hablar de mí? Cosa muy dulce sería estar tan olvidado que solo viviera yo en la memoria de sus amigos,» gritos de ternura que rara vez se exhalan del alma cerrada de Rancé.

«Sabido es lo que habeis escrito contra el monástico sistema del quietismo, dice Rancé en una carta á Bossuet, porque todo lo que escribís, señor ilustrísimo, son decisiones. Si se realizasen las quimeras de estos fanáticos, sería preciso cerrar los libros de las divinas Escrituras, como si no nos fueran de ninguna utilidad.» Estas cartas de Rancé fueron mal recibidas; Fenelon tenía numerosos partidarios. «Este prelado, dice San Simon, era un hombre alto, delgado, bien formado, pálido, nariz grande, ojos de donde salían como un torrente el fuego y el talento, y una fisonomía tal, que no he visto ninguna que se le pareciese: bastaba verla una sola vez para tenerla siempre en la memoria. Todo se hallaba reunido en aquella fisonomía, cuyas facciones guardaban mucha consonancia: era grave y cortésana, seria y alegre; anunciaba igualmente el doctor, el obispo y el grande hombre; lo que en ella resaltaba, como en toda su persona, era la sagacidad, el ingenio, la gracia, el decoro, y sobre todo la nobleza. Se necesitaba hacer un esfuerzo para cesar de mirarle.»

Un hombre que ejercía tan eficaz dominio sobre la sociedad debía tener fanáticos. Necesario ha sido que la revolución venga á ilustrarnos, para que comprendamos esta expresión de *quimérico* que Luis XIV aplicada á Fenelon.

El quietismo parecia que se derivaba del molinismo, como lo advirtió Rancé, diciendo que conocía una ciudad toda entera donde habían pasado cosas tremendas introducidas por un santo del carácter de Molinos.

La reprobación de la Santa Sede contra las *Máximas de los Santos*, se publicó por justicia en 1699 en latín y en francés: en ella se prohiben estas *Máximas*: «En el estado de la santa indiferencia, el alma no tiene deseos voluntarios y deliberados en su interior; en el estado de la santa indiferencia no se quiere nada para sí propio; todo se quiere para Dios.» La parte inferior de Jesucristo en la cruz no comunicaba á la superior su turbación involuntaria: los santos místicos han excluido del estado de las almas transformadas las prácticas de la virtud.» Así pasan los siglos en esta censura de un obispo, firmada por el cardenal Albano y publicada á la cabeza del campo de Flora.

La sociedad que Rancé había dejado no le perdonaba su penitencia. Una princesa maliciosa aplicaba al abad estas palabras del Evangelio: «*Væ nutritibus!* ¡Infelices los que tienen hijos que mantener! aludiendo á los monjes de la Trapa.»

Las gentes acudían á la Trapa; la corte para ver al anciano convertido, para reirse de él ó para admirarle; los sabios para conversar con el sabio; los sacerdotes para instruirse en las lecciones de la penitencia. Juan Bautista Thiers fue uno de los peregrinos; Thiers se burlaba de todo, aun cuando estaba serio. La abstinencia de los Trapenses y su vida muda, no le convenían de modo alguno; pero hallaba en ella novedad, y esto le seducía; por eso escribió la *Apología del abad*

de la Trapa, á la que Rancé se opuso bastante, aunque no le pesaba tener un defensor del ingenio y del saber de Thiers: la autoridad suprimió aquella apología. En 1694 escribía Rancé al presbítero Nicaise: «Le ha ocurrido una aventura al pobre Mr. Thiers; yo le había escrito con mucha instancia suplicándole que prescindiese de mi defensa; pero el pobre hombre lleno de amistad y de celo por todo lo que me interesa, nunca pudo dejarse persuadir á lo que le pedía. Se ha descubierto que su libro se estaba imprimiendo en Leon, y se han recogido todos los ejemplares por orden del señor canceller: discurrid la pesadumbre que habrá tenido el autor; natural es que yo lo haya sentido vivamente estando obligado á ello por justicia y á título de agradecimiento.»

El pobre hombre se reía. En la *Apología del abad de la Trapa*, Thiers cae sobre el P. Sainte-Marthe, y se burla de él por haber dicho que Mad. de Maintenon le hacia el honor de mirarle como pariente. La apología está escrita con vivacidad: el apologista cita versos ridículos contra Rancé, escritos, dice, por el primero de los poetas benedictinos; Thiers, justificándose á sí propio, asegura que habría menos encarnizamiento contra él si no hubiera clamado contra los arcedianos, en su libro de la *Estola*, en su tratado del *Despojo de los curas* y en su *Factum* contra el cabildo de Chartres. Por último termina su apología, demasiado larga, pues se compone de 511 páginas, para la defensa de Rancé, con estas palabras: «Basta lo dicho R. P. Sainte-Marthe, para hacerlos recapacitar y quitarlos la buena opinion que tenéis de vuestra personilla.»

Tal fue Rancé, esta vida no satisface, porque falta en ella la primavera; la ojicanta cayó destruida cuando empezaban á despuntar sus flores. Rancé se había propuesto recorrer el mundo en busca de aventuras. ¿Qué hubiera hallado? Las felicidades que se forjaba en Veretz estaban en su alma. Supongamos que tomando la existencia por una ironía del cielo, que adelantándose á las ideas de su época, hubiera sacudido de sí esta existencia; su sangre hubiera humedecido apenas algunas matas. Si, curándose poco del porvenir, hubiera preferido á la eternidad noches felices, otro desengaño: mañana ya no hubiera amado.

Los hombres que han envejecido en el desorden creen que, cuando llegue la hora, podran devolver á su destino las gracias juveniles fácilmente, como se despiden á unos esclavos. Es un error; no se desprende el hombre á su antojo de los sueños, antes pugna dolorosamente contra un caos, donde el cielo y el infierno, el odio y el amor, la indiferencia y la pasión se mezclan en confusión espantosa. Anciano viajero entonces, sentado en una piedra del camino, Rancé hubiera contado las estrellas, no fiándose de ninguna, aguardando la aurora que no le hubiera traído mas que el hastío del corazón y la desgracia de los años. En el día nada hay que sea posible, porque las quimeras de una existencia activa estan tan demostradas como las de una existencia desocupada. Si el cielo hubiera puesto en los brazos de Rancé las fantasmas de su juventud, pronto se hubiera cansado de aquellas larvas. Para un hombre como él no había mas refugio que el sayal: el sayal recibe las confianzas y las guarda: el orgullo de los años veda luego revelar el secreto, y la tumba lo perpetúa. Por poco que el hombre haya vivido, habrá visto pasar á muchos muertos, llevándose en los brazos sus ilusiones. ¡Feliz aquel cuya vida ha caído en flores! ¡elegancia de la expresión de un poeta que es mujer!

Retenido hacia mucho tiempo en la enfermería, Rancé vió acercarse sus últimos instantes. Nadie había allí para poner la mano sobre el corazón de aquel Cristo. Cuando Jesús pidió á su Padre que apartase de él el cáliz, ¿quién ponía el dedo sobre el pulso del hijo

del Hombre para saber si sus sangrientas lágrimas provenían de la humana flaqueza ó de la dilatación de un pecho que se partía de caridad?

Apuñábase los religiosos á su puerta, mientras dictaba él una carta que les leyó el abad Jacobo de La-Cour: «Dios, decía, es el único que conoce mis fuerzas y el placer que tendría en veros; sin embargo, aunque este sentimiento ocupa mi corazón mas que nunca, me veo obligado á deciros que, en el estado en que me hallo, me es imposible satisfacer este placer cual desearia. Rogad por mí, hermanos míos; pedid á Dios que si todavía puedo seros de alguna utilidad, me vuelva á la salud, y sino, que me saque de este mundo.»

Enviaron á buscar al obispo de Seez, amigo y confesor de Rancé, el cual mostró suma alegría al verle; cogió la mano al prelado, llevola á su frente para empezar la señal de la cruz, é hizo en seguida una confesión general: suplicó al obispo de Seez que obtuviese la protección real en favor de la disciplina monástica de la abadía, añadiendo que en todo lo demás deseaba que la Trapa quedase en completo olvido.

Aquella familia de la religión alrededor de Rancé tenía la ternura de la familia natural y algo mas; el hijo que iba á perder era el hijo que iba á recobrar; ignoraba aquella desesperación que acaba por extinguirse ante la irreparabilidad de la pérdida. La fe impide morir á la amistad; cada cual llorando aspira á la felicidad del cristiano llamado; se ve aparecer alrededor del justo una piadosa emulación que tiene el ardor de la envidia sin tener sus tormentos.

Viendo á un religioso que lloraba, Rancé le alargó la mano y le dijo: «No os dejo; no hago mas que precederos.» Las mismas palabras dirigió el Taso á los hermanos que le rodeaban en San Onufro. Rancé pidió que le enterrasen en el terreno mas abandonado y desierto: en un campo de batalla donde ya no se oye ningún ruido, se ven salir de la tierra los pies de algunos soldados.

Job murió en el estrecho recinto que él mismo se dispuso, como la palmera cuyas ramas estan cargadas de rocío. Habló Rancé al prelado del desvelo con que le habian asistido sus hermanos: «Ved aquí, dijo, cómo se ha complacido Dios en favorecerme en todas las épocas de mi vida, y yo no he sido mas que un ingrato.» Entraba en aquel momento el P. abad Jacobo de La-Cour, y Rancé le dijo: «No me olvidéis en vuestras oraciones como yo no os olvidaré delante de Dios.» La noche siguiente fue mala: Rancé la pasó sentado en una silla de paja, teniendo puestas las sandalias de un religioso muerto recientemente.

Habiéndole preguntado el obispo de Seez si siempre habia tenido con sus religiosos la misma caridad: «Sí señor, respondió el santo hombre. De algunos años á esta parte, por la gracia de Dios, no soy mas que un simple religioso como los demás; todos son mis hermanos, y ya no son mis hijos. Si me fuera licito lamentar la pérdida de mi voz, mi dolor seria no poder hacerles oír cuánto los amo; á todos los conservo en el fondo de mi corazón, y en él espero llevarlos á la presencia de Dios.» A cosa de las ocho de la noche, Rancé se descubrió, suplicó á un hermano que le pusiese de rodillas para recibir la bendición de su obispo, é hizo una confesión general. El obispo de Seez dijo que habia conocido en aquella ocasión mas que en ninguna otra, que aquel grande hombre habia recibido de Dios un ingenio elevado, vivo, penetrante; un alma sencilla y dotada de admirable candor.

Cuanto mas habia avanzado Rancé hácia el término, mas serenidad habia adquirido: su alma esparcía su claridad sobre su semblante; el alba salía de la noche. Presentaron un crucifijo al moribundo que exclamó: «¡Oh eternidad! ¡qué ventura!» y abrazó el signo de salvación con la mas viva ternura, y besó la calavera que estaba al pié de la cruz. Al entregar aquella cruz

á un fraile, vió que este no le imitaba, y dijo: «¿Por qué no besais la calavera? Por ella acaban nuestro destierro y nuestra miseria.» ¿Se acordaba Rancé de la reliquia que la tradición suponía colocada junto á él? En las mas fervientes edades, los cristianos practicaban todavía algunos ritos del culto de los falsos dioses.

El lecho de ceniza estaba preparado. Rancé le miró sereno con una especie de amor, y luego hizo un esfuerzo para tenderse en él, el obispo de Seez le dijo: «¿No pedís perdon á Dios?»—«Suplico á Dios muy humildemente desde el fondo de mi corazón,» respondió el abad, que me perdone mis pecados y me reciba en el número de los que ha destinado á cantar eternamente sus alabanzas...» por faltarle las fuerzas se detuvo. El obispo dijo: «¿Me reconocéis?»—«Os conozco muy bien, respondió el abad, y nunca os olvidaré.»

Como preguntase el obispo de Seez si habian dado algo al moribundo para sostenerle, el mismo abad de Rancé le dió la respuesta: «Nada ha faltado á la atención de su caridad.»

Con las palabras de la Escritura comenzó un último diálogo entre el agonizante y el obispo.

EL OBISPO.—El Señor es mi luz y mi salvación.

EL ABAD.—En él pondré toda mi confianza.

EL OBISPO.—Señor, vos sois mi protector y mi libertador.

EL ABAD.—No tardeis, Dios mio; apresuraos á venir.

Estas fueron las últimas palabras de Rancé: miró al obispo, alzó los ojos al cielo y exhaló el postrer suspiro. Enterrósele en el cementerio comun de los religiosos.

Así se consumó el sacrificio: el arrepentimiento aísla al hombre de la sociedad y no es apreciado en lo que vale. Sin embargo, el hombre que se arrepiente es inmenso; pero ¿quién querría hoy ser inmenso sin ser visto? Rancé pasó de su choza de barro á la casa de Dios, casa magnífica.

Rancé fué llevado á la iglesia y colocado debajo de la lámpara: su rostro, que habia parecido descarnado, apareció sonrosado y hermoso. En la iglesia estuvo desde el 27 de octubre hasta el 29. Los monges estaban de pié, desechos en llanto, y tocando á porfia el cuerpo con lienzos y rosarios. Treinta religiosos cantaban los salmos; en la iglesia se decían misas continuamente. Cuando le depositaron en la huesa, el coro recitaba este versículo del salmo CXXXI: «Ahí habitaré porque lo he elegido.» En el cementerio le sepultaron; el pastor quiso hallarse, aun despues de muerto, en medio de sus ovejas. Rancé obtuvo testimonios auténticos que hoy podrian servir para su canonización. Despues de su muerte, se apareció á varias personas en una gran gloria; los reyes manifestaron su dolor, así los destronados como los que todavía ocupaban el solio.

«Parecia, dice el P. Le-Nain, como que por todas partes resonaba una voz de trueno para inspirar á los hombres el desprecio del mundo, la vanidad de sus grandezas y la solidez de los bienes de la vida futura.» Efectuáronse ruidosas conversiones: un religioso habia oído en sueños á una sagrada hostia que clamaba: «¡Temblad, temblad, temblad!» y tal fue su terror que tardó mucho en recobrar el sentido. Algunos epilépticos quedaron sanos aplicándose lienzos que habian servido de vendajes en la mano enferma del reformador: de ello se conservan los certificados, y Roma no necesitará un largo proceso para incluirle en el catálogo de los santos. Su corazón estaba en el reposo, y el Espíritu divino habia llenado su alma de esplendor.

San Simon dice interrumpiéndose: «Estas memorias son demasiado profanas para referir en ellas cosa alguna de aquella vida tan sublimemente santa: las

»suspendo aquí, pues todo cuanto pudiera añadir parecería mal en este lugar.»

Nacido el 9 de enero de 1626, diez y seis años despues de la muerte de Enrique IV, muerto en 1700, quince años antes de la muerte de Luis XIV, Rancé vivió setenta y cuatro años en la tierra, de los cuales pasó treinta y siete en la soledad para expiar los treinta y siete que habia pasado en el mundo.

Cuando desapareció, una multitud de contemporáneos famosos habian tomado ya la delantera: Pascal, Corneille, Moliere, Racine, La Fontaine, Touraine y Condé: el vencedor de Rocroi habia recibido de Bossuet su última corona. Aquel siglo ha quedado inmóvil como todos los grandes siglos, haciéndose el contemporáneo de las edades que le han seguido; no sin un sentimiento de dolor se ven caer algunas piedras del edificio. Cuando Luis XIV desciende el último á la sepultura, una inconsolable pena se apodera del alma. Entre los escombros de lo pasado se movian los primogénitos del porvenir; unas cuantas celebridades empezaban á despuntar bajo la protección de un rey

decrepito, todavía en pié. Entonces nacia Voltaire; esta desastrosa memoria comenzaba en una época que no podia pasar; la siniestra claridad se encendió al resplandor de una luz inmortal.

La obra de Rancé subsiste. Rancé se alejó de su soledad como Licurgo del valle de Lacedemonia, haciendo prometer á sus discípulos que guardarian sus leyes hasta su vuelta. Rancé partió para el cielo; todavía no ha vuelto á la tierra, y su reducido pueblo observa religiosamente sus leyes. Los trapenses han visto caer en derredor suyo las otras órdenes; han visto pasar la revolución y sus crímenes, á Bonaparte y su gloria, y han sobrevivido; tanta fuerza habia en aquella legislación sobrehumana. La cripta de Esparta era la muerte de los esclavos; la cripta de la Trapa era la muerte de las pasiones. Este fenómeno está en medio de nosotros, y no lo observamos. Las instituciones de Rancé no nos parecen mas que un objeto de curiosidad sobre la que lanzamos una pasajera mirada.

FIN.